G. K. CHESTERTON

ENSAYOS ESCOGIDOS

SELECCIONADOS POR W. H. AUDEN

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS
DE MIGUEL TEMPRANO GARCÍA

BARCELONA 2017 ACANTILADO

CONTENIDO

Preámbulo, de W. H. AUDEN 7

Browning como artista literario 19
Chaucer y el Renacimiento 34
Cobbett y el capitalismo 40
La infancia de Dickens 51
Dickens el creador de mitos 64
Dickens y Scott 72
El optimismo de Dickens 76
San Francisco y la naturaleza 88
Rudyard Kipling 96
Henry James 104
El auténtico doctor Johnson 110
Milton el esteta 114
William Morris 119
El sueño de una noche de verano 123
Shaw, el progresista 136
Shaw, el dramaturgo 142
Shaw, el filósofo 152
Novelistas de los barrios bajos 168
La técnica narrativa de R. L. Stevenson 174
El censor 181
Sobre las películas 186
Arrepentimientos rabelaisianos 189
A propósito de dos alegorías 193
H. G. Wells y la Caída 199
El libro de Job 203
La revolución aristotélica 213
Aproximación al tomismo 225

El loco 232
La ética del país de los elfos 236
La naturaleza y la lógica 263
El darwinismo y la moral 265
La ciencia y los salvajes 266
Recapitulación 274
Dios y la religión comparada 276
El hombre y las mitologías 292
Mitología y filosofía 311

PREÁMBULO
de W. H. AUDEN

Siempre me han gustado la poesía y las obras de ficción de Chesterton, pero tengo que admitir que cuando empecé a trabajar en esta selección llevaba mucho tiempo sin leer sus ensayos.

Las razones fueron, en mi opinión, dos. En primer lugar, su reputación de antisemita. Aunque siempre lo negó y, desde luego, denunció la persecución hitleriana, me temo que no es posible exonerarlo del todo.

> Dije que ciertos judíos tienden a ser tiranos y otros a ser traidores. Lo mantengo. Hechos patentes de esta naturaleza pueden decirse de cualquier otra nación del planeta: no se considera intolerancia decir que ciertos franceses tienden a sensuales […] No veo por qué no se puede llamar tiranos a los tiranos y traidores a los traidores sólo porque sean miembros de una raza perseguida por otras razones y en otras ocasiones.

La falacia de este argumento la revela el discreto cambio del término «nación» al término «raza». Es posible criticar a cualquier nación (entre ellas Israel), religión (entre ellas el judaísmo ortodoxo) o cultura, porque todas son creaciones de la voluntad y el pensamiento humanos: una nación, una religión y una cultura siempre pueden reformarse a sí mismas, si así lo quieren. En cambio, la herencia étnica de una persona no puede modificarse. De ser cierto—aunque no existe ni una sola evidencia que lo demuestre—que determinados defectos o virtudes morales se heredan con la raza, no podrían someterse a un juicio moral ajeno. Que Chesterton hablase de los judíos como una raza resulta tanto más extraño si se tiene en cuenta que algunos escritores

de su generación denunciaron con desdén las teorías raciales sobre los nórdicos, los anglosajones, los celtas y demás. Por mi parte, me inclino por culpar al influjo de su hermano y de Hilaire Belloc, y a la perniciosa influencia que, tanto sobre su generación como sobre la siguiente, ejercieron Eliot y Pound. Sea como fuere, sigue siendo un baldón lamentable en los escritos de un hombre que, según el testimonio unánime de todos lo que le conocieron, era una persona extraordinariamente decente, de espíritu generoso y gran corazón.

El segundo motivo por el que pasé por alto a Chesterton fue que lo tenía, como él decía de sí mismo, por un simple «periodista jocoso» que escribía artículos semanales sobre asuntos «graciosos» al estilo de «Lo que encontré en mis bolsillos», «Quedarse en la cama», «Ventajas de tener una sola pierna», «Un trozo de tiza», «El esplendor del gris», «Queso» y otros parecidos.

En su generación, el ensayo como forma de las *belles-lettres* seguía gozando de popularidad: aparte del propio Chesterton había muchos escritores, como, por ejemplo, Max Beerbohm, E. V. Lucas y Robert Lynd, cuya reputación literaria se basaba en gran parte en sus logros en dicho género. Los gustos actuales han cambiado. Aún es posible apreciar una reseña o un ensayo crítico dedicados a un libro o un autor concretos, sabemos disfrutar de una discusión sobre un problema filosófico determinado o un acto político, pero los ensayos que son una simple fantasía sobre lo primero que se le pasa por la cabeza al escritor ya no nos proporcionan ningún placer.

Mi objeción a la fantasía en prosa es la misma, sencillamente, que al verso «libre» (al que Chesterton también puso objeciones): que, aunque existen ejemplos excelentes de ambas cosas, son la excepción y no la norma. La mayoría de las veces el resultado de la ausencia de cualquier norma

o restricción, de un metro que deba seguir el poeta o de un asunto concreto al que tenga que ceñirse el escritor, se convierte en un alarde repetitivo y autocomplaciente de la personalidad y los manierismos del escritor.

La insistencia de Chesterton en continuar con la rutina del periodismo semanal cuando había dejado de ser una necesidad económica para él parece haber confundido tanto a sus amigos como a mí. E. C. Bentley escribe:

> Vivir de ese modo fue una elección consciente. De eso no cabe ninguna duda, pues era una vida difícil, y tenía a su alcance una mucho más fácil. Disfrutaba de una posición asegurada como poeta y escritor, y de un torrente inagotable de ideas: eran muchos los amigos que deseaban que se aprovechara de dicha posición. Pero G. K. Chesterton prefirió la vida de un colaborador habitual de la prensa, limitado, en lo que al tiempo y el espacio se refiere, por reglas de hierro. Llevar su artículo a la redacción antes de que fuese demasiado tarde era a menudo una lucha. La obligación de tener presente la fecha de entrega siempre fue una molestia.

Cualesquiera que fuesen los motivos y las razones de Chesterton para escoger esa opción, estoy convencido de que fue un error. «A los periodistas—dijo Karl Kraus—la fecha de entrega les sirve de estímulo: escriben peor si tienen tiempo». De ser cierto, Chesterton no había nacido para ser periodista. Sus mejores escritos y análisis se encuentran, no en sus breves artículos semanales, sino en los libros largos, donde disponía de tanto tiempo y espacio como quisiera. (De hecho, en esta selección he escogido muy poco de sus antologías de artículos). Es curioso que con lo que Chesterton detestaba a los estetas de los años ochenta y noventa del siglo XIX heredase de ellos la convicción de que un escritor debe ser todo el tiempo «brillante» y epigramático. Cuando algún asunto le cautiva de verdad es brillante

y sin duda uno de los mejores aforistas de la literatura inglesa, pero cuando su imaginación no está enteramente centrada en un asunto puede escribir una exasperante parodia de sí mismo, y eso ocurre con más frecuencia cuando tiene que cumplir con una fecha de entrega.

A medida que envejecemos se vuelve más difícil mantenerse al día, entender lo que piensa la generación más joven y escribir lo bastante bien para criticarlo con inteligencia; para un periodista agobiado de trabajo como Chesterton es imposible, pues sencillamente no tiene tiempo para leer ningún libro nuevo con la debida atención.

Era, por ejemplo, lo bastante inteligente y, a juzgar por sus críticas de la antropología contemporánea, lo bastante erudito para haber escrito un estudio crítico serio sobre Freud si se hubiese tomado el tiempo y la molestia de leerlo con atención: sus absurdas observaciones sobre los sueños y el psicoanálisis demuestran que no lo hizo.

La prosa ensayística de Chesterton aborda tres grandes cuestiones: la literatura, la política y la religión.

Nuestra época ha asistido a la aparición de dos tipos de crítico literario: el documentalista y el criptógrafo. El primero reúne y publica con meticulosa exactitud cualquier hecho que caiga en sus manos sobre la vida de un autor, desde sus cartas amorosas hasta sus invitaciones a cenar y sus facturas de la lavandería, de acuerdo con el supuesto de que cualquier hecho, por trivial que parezca, puede arrojar luz sobre sus escritos. El segundo se aproxima a su obra como si fuese un texto anónimo y dificilísimo, escrito en una lengua particular que el lector normal no podría comprender sin que lo descifren los expertos. Ambos descartarían la crítica literaria de Chesterton por caduca, inexacta y superficial, pero si preguntásemos a cualquier novelista o poeta vivo qué tipo de crítico preferiría que escribiese sobre su obra, no me cabe duda de cuál sería su respuesta.

Todo escritor sabe que ciertos hechos de su vida, la mayoría acontecidos en la infancia, han tenido una importancia decisiva en la formación de su imaginario particular, de las cosas en las que le gusta pensar y las cualidades de las personas que más admira o detesta. También sabe que hay muchas cosas que son de gran importancia para él como hombre y que sin embargo son irrelevantes para su imaginación. En el caso de un poema amoroso, por ejemplo, descubrir la identidad de la amada del poeta no arroja ninguna luz sobre su estilo o su contenido.

Chesterton lo sabía. Creía, por ejemplo, que ciertos aspectos de las novelas de Dickens se entienden mejor si recordamos que, de niño, Dickens tenía que actuar en público para divertir a su padre, así que nos informa de dicha circunstancia. Por otro lado pensaba que no entenderíamos mejor las novelas del autor si conociéramos todos los detalles del fracaso de su matrimonio, así que los omite. En ambos casos, sin duda, tenía razón.

De hecho, aunque hay autores «difíciles», que no aspiran a llegar a un público muy amplio, ningún escritor cree que haya que descodificar lo que dice para que se le entienda. Por otro lado, casi todos los escritores que han llegado a adquirir cierta reputación se quejan de la incomprensión del público y de los críticos, porque se aproximan a su obra con prejuicios acerca de lo que van a encontrar en ella. Sus admiradores le alaban y sus detractores le critican por razones que, a su entender, son imaginarias. El crítico que le gustaría tener es alguien que descartase esos prejuicios para que sus lectores pudieran abordar sus escritos con una mirada nueva.

Chesterton era muy eficaz en esa labor de ventilar el ambiente. Se suele creer que quien habla de algo en serio tiene que ser serio y que quien bromea no habla en serio. No puede decirse que sea una idea errónea porque, en la ma-

yor parte de los casos, así es. Pero hay excepciones y, como señaló Chesterton, Bernard Shaw era una de ellas. El público malinterpretó a Shaw y pensó que era un payaso cuando, de hecho, era por encima de todo un predicador de lo más adusto. En el caso de Browning, Chesterton muestra que muchos de sus admiradores lo habían entendido mal al ver profundidades intelectuales en sus pasajes más oscuros, cuando en realidad el poeta estaba dando rienda suelta a su amor por lo grotesco. Del mismo modo nos explica que el defecto de Stevenson como narrador no era, como decía el lugar común, su estilo recargado, sino un estilo demasiado ascético, su negativa a contarle al lector nada sobre ningún personaje que no fuese absolutamente esencial. Por lo general los culpables de ese tipo de malinterpretaciones son los periodistas y los cotillas literarios, pero a veces puede ser el propio autor. Kipling, sin duda se habría descrito a sí mismo como un inglés patriótico que admiraba las virtudes militares por encima de todo. En un divertidísimo ensayo, Chesterton demuestra de manera convincente que en realidad Kipling era un cosmopolita sin raíces, y cita como prueba las propias palabras de Kipling: «Si Inglaterra fuese lo que parece, | […] qué poco tardaríamos en despreciarla, pero no lo es».[1]

Un patriota ama a un país porque, para bien o para mal, es el suyo. Kipling sólo está dispuesto a amar a Inglaterra mientras siga siendo una gran potencia. A propósito del militarismo de Kipling, dice Chesterton:

El tema de Kipling no es la valentía que atañe propiamente a la guerra, sino la interdependencia y eficiencia que corresponde por igual a los ingenieros, a los marinos, a las mulas o a las loco-

[1] Versos de la última estrofa del poema «The Return». (*Todas las notas son del traductor*).

motoras [...] La verdadera poesía, la «auténtica aventura» que nos ha enseñado el señor Kipling, es la aventura de la división del trabajo y la disciplina de todos los oficios. Canta las artes de la paz con mucha más precisión que las artes de la guerra.[1]

La crítica literaria de Chesterton ofrece numerosas observaciones como ésta que, una vez formuladas, parecen tan evidentes que es inevitable preguntarse cómo no nos habíamos dado cuenta nosotros mismos. Ahora nos parece evidente que Shaw, el socialista, no era un demócrata, sino un gran republicano; que hay dos tipos de demócrata, el que, como Scott, ve la dignidad de todos los hombres, y el que, como Dickens, ve a todos los hombres igual de variados e interesantes; que Milton en realidad era un esteta cuya grandeza «no depende de la seriedad moral ni de nada relacionado con la moralidad, sino tan sólo del estilo, un estilo muy diferente de su sustancia»; que la época isabelina, por muy brillante que fuese, no fue una época de «florecimiento», sino una época de vanidades literarias y conspiraciones políticas. Pero Chesterton fue el primero en darse cuenta. Como crítico literario, por tanto, le tengo un gran respeto.

Por diversas razones he escogido muy pocos escritos sobre cuestiones políticas e históricas. Chesterton no era historiador, pero tenía el don y la reputación necesaria para dar a conocer al público los puntos de vista de los historiadores que, como Belloc, se oponían a la versión *whig* de la historia de Inglaterra y a la de los humanistas de la historia cultural. Para cualquiera de menos de cuarenta años será difícil comprender hasta qué punto estaban admitidas ambas cuando yo era niño. Los libros de texto nos enseña-

[1] *Herejes*, trad. de Stella Mastrangelo y José Vivar, Barcelona, Acantilado, 2009, pp. 32-33.

ban que, una vez nos libramos de los Estuardo, proclives a la tiranía y el catolicismo, y aseguramos la sucesión protestante, el camino a la libertad, la democracia y el progreso quedó expedito; también nos enseñaban que la civilización que había concluido con la caída del Imperio romano renació en el siglo XVI y que, entre ambas cosas, mediaron doce siglos de barbarie, superstición y fanatismo. Si hoy cualquier persona informada sabe que ambas cosas son falsas, que el resultado político de la Revolución gloriosa de 1688 fue entregar el gobierno del país a un pequeño grupo de plutócratas, un estado de cosas que sin duda persistió hasta 1914, tal vez incluso hasta 1939, y que, significaran lo que significasen el Renacimiento y la Reforma, no fueron una revuelta de la razón contra el fanatismo, sino que por el contrario podrían describirse con mayor exactitud como una revuelta contra el excesivo cultivo de la lógica al final de la Edad Media, Chesterton es uno de los mayores responsables de ese cambio de punto de vista. El problema literario de cualquier escrito polémico es que, una vez gana la batalla, el interés del lector medio suele declinar. La controversia implica siempre una exageración polémica que, una vez olvidadas las exageraciones del otro bando, parece criticable y demasiado obvia. Por eso la insistencia de Chesterton, necesaria en la época, sobre las bondades del siglo XII y el modo en que pasa por alto sus inconvenientes, nos parecen hoy una ensoñación novelesca. Del mismo modo en que no acaba de convencernos la tesis de Belloc en *The Servile State* de que, si la Corona se hubiese quedado con las rentas de los monasterios después de disolverlos en lugar de permitir que pasaran a manos de unos pocos súbditos, habría podido utilizar su poder, no sólo para mantener a raya a dichos súbditos, sino para beneficiar a la gente corriente, pues la historia de países como Francia, donde la Corona continuó siendo más fuerte que la nobleza, no

parece justificar tanto optimismo. Es más probable que los monarcas absolutos, siempre deseosos de alcanzar la gloria, malgasten la hacienda del país en guerras de conquista que unos plutócratas interesados tan sólo en ganar dinero.

Las críticas negativas que hace Chesterton de la sociedad moderna, su desconfianza de los grandes negocios y las grandes compañías, su alarma ante las consecuencias del desarrollo tecnológico descontrolado y sin dirección, son incluso más válidas hoy que en su época. Sus creencias políticas positivas, en que una sociedad buena estaría formada por pequeños propietarios que vivieran de la tierra en su mayoría, por atractivas que resulten, me parecen susceptibles de las mismas críticas que él hace de las ideas políticas de los estadounidenses y los franceses en el siglo XVIII: «El suyo era un gran ideal, pero ningún Estado moderno es lo bastante pequeño para lograr algo tan grande».[1] En el siglo XX, la Inglaterra que deseaba habría requerido un estricto control de la natalidad, una política que, ni por temperamento ni por motivos religiosos, podía defender.

En lo relativo a la política internacional, Chesterton, por decirlo suavemente, era poco fiable. Parece haber creído que, en la vida política, hay una relación directa entre la fe y la moral: un Estado católico que profesase la verdadera fe sería mejor desde el punto de vista político que un Estado protestante. Francia, Austria y Polonia eran dignos de confianza: Prusia no. En su juventud, la mayor amenaza a la paz mundial había radicado, o eso creía, en el militarismo prusiano. Tras su derrota en 1918, siguió aferrado a su antigua creencia de modo que, cuando Hitler llegó al poder en 1933 lo interpretó equivocadamente como un fenómeno prusiano. De hecho, al margen de las condiciones económicas que permitieron su triunfo, el movimiento Nacional So-

[1] G. K. Chesterton, «William Cobbett» (1925).

cialista fue en esencia una venganza de las católicas Baviera y Austria por su previa subordinación a la Prusia protestante de Bismarck. No fue casualidad que Hitler fuese católico no practicante. El nacionalismo de la minoría de habla alemana en el Imperio Habsburgo siempre había sido racista y el caldo de cultivo del antisemitismo no fue Berlín sino Viena. El propio Hitler odiaba a los *junkers* prusianos y su plan era eliminarlos cuando ganase la guerra.

Chesterton se educó como unitario, luego se hizo anglicano y por fin, en 1922, se convirtió al catolicismo. Al leer hoy un libro como *Herejes*, publicado en 1905, sorprende que no se convirtiera antes.

Si sus críticas al protestantismo no resultan muy interesantes, la culpa no es suya. Era una época en que la teología protestante (y tal vez también la católica) estaba en horas bajas, aún no se había redescubierto a Kierkegaard ni se había traducido a Karl Barth. Personajes de poca monta como el deán Inge y el inefable obispo Barnes eran poca cosa para un intelecto de su calibre. En cambio destaca cuando se propone desenmascarar los dogmas ocultos de los antropólogos, psicólogos y otros especímenes del mismo jaez que afirmaban ser puramente objetivos y «científicos». Nadie ha escrito con mayor inteligencia y comprensión sobre la mitología o el politeísmo.

El juicio crítico y el gusto personal son formas de evaluación diferentes que siempre se superponen, pero rara vez coinciden con exactitud. En conjunto y a la larga, el juicio crítico es un asunto público: llegamos a un acuerdo sobre lo que son virtudes y defectos artísticos. No obstante, nuestros gustos personales difieren. Todos tenemos escritores a los que nos gusta leer a pesar de sus defectos y escritores que, pese a todas sus virtudes, nos proporcionan poco o ningún placer. Para que un escritor despierte nuestras simpatías debe haber algún vínculo entre sus

preferencias imaginativas y las nuestras. Como escribió Chesterton:

> Detrás del intelecto de cualquier artista hay una especie de patrón o tipo arquitectónico. La cualidad original de cualquier hombre imaginativo es su imaginería. Se corresponde con el paisaje de sus sueños; el mundo que le gustaría crear o por el que le gustaría pasear; la flora y la fauna extrañas de su planeta secreto; las cosas en las que le gusta pensar.

Lo cual no es menos cierto de la imaginación de cualquier lector. También nuestros patrones personales, a diferencia de nuestra escala de valores críticos, que requiere de mucho tiempo y vivencias para establecerse, se forman muy pronto en la vida, es probable que antes de los diez años. En «La ética del país de los elfos» Chesterton nos cuenta que su propio patrón se basaba en los cuentos de hadas. Estoy convencido de que, si siempre disfruto leyendo incluso sus escritos más disparatados, es porque muchos elementos de mi propio patrón proceden de la misma fuente. (Media un abismo entre nosotros: a Chesterton no le gustaba la música y tampoco la entendía). Hay personas—lo sé porque las he conocido—para quienes Andersen y los Grimm significan poco o nada: Chesterton no está hecho para ellos.